

recer á la razon de Estado, ambos jefes de partido, juráronse en el consejo real inviolable amistad, partiendo, segun la costumbre de entonces, las *especias y la copa*, abrazándose y comulgando además juntos. Por parte del Duque de Orleans aquella relacion fué sincera; no así por la del Duque de Borgoña, que al estrechar la mano que su adversario le tendió francamente, hizolo apoyándose ya en el alevoso puñal que preparado le tenia; y al aceptar el convite del esposo de Valentina, estaba resuelto á enviarle traidoramente al gran banquete de los muertos, no á partir con él en esta vida el pan terrestre, como el celestial habia partido en la santa mesa.

Seis meses tardó, no obstante, en consumir su crimen: seis meses durante los cuales supo ocultar á todos así el secreto de su ira como el de la atroz venganza que meditaba, y para cuya realizacion no dejó de trabajar un solo dia en todo aquel plazo, comprando al efecto el palacio llamado de *Nuestra Señora* en la calle *Vieja del Temple*, entre el de *San Pol* mansion del Rey, y el de *Barbette*, lugar destinado á los placeres de la Reina. Situado por decirlo así, en el corazon del campo enemigo, el Duque de Borgoña espiaba de cerca á sus contrarios, conspirando casi á vista de ellos impunemente, y sin mas riesgo que el de llamar demasiado la atencion por efecto del misterio mismo de su conducta; percance que estuvo á punto de acontecerle y que evitó por desdicha.

Estaba escrito que el crimen habia de consumarse, y consumóse en efecto, llegada que fué su hora. — Con motivo de haber dado á luz Isabel de Baviera un infante, que dejó de ser apenas nacido, el Duque de Orleans fiando en la paz jurada acudió sin escolta ni acompañamiento al palacio de *Barbette* á visitar su cuñada, y pasó todo un dia con ella y su propia esposa Valentina de Milan, quien para asistir á la Reina durante su enfermedad habiase allí antes trasladado.

« Las siete acababa de dar la campana del vecino convento (dice la crónica) y apenas era caído el polvo de un minuto del reloj de arena de la cámara de Isabel, cuando un page vestido de la librea de la real casa, presentóse á requerir al Duque de Orleans para que prontamente acudiera á donde Carlos VI le llamaba; y en realidad urgente era siempre obedecer á tales llamamientos, porque los destellos de razon en el entendimiento del Monarca nunca eran largos, pero si útiles siempre,

» como si Dios para eso solamente se los concediese, al alivio y socorro de sus pueblos. Apresuróse, pues, el Duque de Orleans á salir del palacio de *Barbette* para el de *San Pol*, sin mas compañía que la de dos lacayos con antorchas encendidas para alumbrarle; porque era ya pasada la hora de la *queda*, y la noche una de las mas nebulosas del mes de Noviembre. De prisa caminó el pobre Principe hasta la esquina de la calle *vieja del Temple*, mas de allí no pudo pasar, detenido por el brusco simultáneo ataque de dieziocho malsines, pagados por muy alto personage, y que al decirles la víctima: « Soy el Duque de Orleans! » respondieronle brutalmente: « Bien lo sabemos », y después de haberle cosido á puñaladas, poniéndole la cabeza sobre una piedra, deshiciéronselo con tan violentos golpes de maza, que los sesos saltaron hasta el lodo. — ¡ Muerto es! » clamaron los asesinos; mas primero uno de ellos acercóse á cerciorarse de ello con una antorcha; y luego del palacio de *Borgoña* vióse salir á un hombre con *roja caperuza* (el color rojo era y es el de la casa de Borgoña), el cual acercándose al cadáver, y dado que le hubo el postrer golpe de maza, exclamó tambien: « Muerto es! » Quién era aquel hombre, la historia no lo sabe, y sin embargo lo dice; y con mas verdad acaso que otras muchas cosas que demostrar pretende.

Uno solo de los servidores del Duque de Orleans, fiel á su señor en aquel supremo trance, tuvo el heroismo de arrojarle sobre su cuerpo para defenderlo de los asesinos, clamando: « ¡ Socorro! Señor y dueño mio! » Murió como era inevitable: pero su muerte parece que, con el espectáculo de una fidelidad á toda prueba, alivia el ánimo del horror que en él causa la maldad villana de aquella catástrofe.

Así acabó Luis de Orleans, Principe á quien departiera el cielo muy altas dotes, anuladas todas por el libertinage y la avaricia, y que expiando á la temprana edad de treinta y seis años, los males sin cuento que á su país causara, nos ofrece uno de los muchos ejemplos de cómo sabe la divina Providencia en sus inescrutables designios, servirse á veces hasta del crimen mismo, para instrumento de su eterna justicia. Hase considerado el testamento del Duque como una muestra de su gran piedad, por los muchos dones sin duda que en él hizo á la Iglesia ó mas bien al clero: nosotros sin negarle la fe, no podemos concederle la verdadera piedad al

que vivió en perpetua escandalosa contradicción con todos los preceptos de la moral cristiana, y hasta de la moral de los gentiles mismos. La verdad es que en aquellos tiempos de ignorancia y superstición, los Grandes llegaron á imaginarse que los pecados se rescataban todos y siempre con el oro; y que no faltaban clérigos que pusieran su absolución á precio de ricos dones para su comunidad ó para su iglesia. La piedad sin ilustración, haciendo fanáticos supersticiosos, no es menos peligrosa que la ilustración sin moralidad, de donde salen los impíos.

El Duque de Borgoña, comenzando por negar su crimen, acabó por alabarse de haberlo cometido, que es siempre lo que por último recurso hacen aquellos que siendo con tal evidencia culpables que la negativa les es inútil, gozan de poder bastante para que el castigo no les alcance. A mayor abundamiento el pueblo que no fué nunca afecto, ni mucho menos, al Duque de Orleans, en vez de indignarse por ella, celebróla en alegres canciones, fenómeno á primera vista incompatible hasta con los mas elementales sentimientos de humanidad, pero que se explica demasiado bien por el estado de normal subversión en que la sociedad se hallaba entonces. Cuando las naciones bien gobernadas viven bajo el amparo de justas leyes y de sus derechos gozan tranquilas, el crimen es naturalmente objeto de horror y universal indignación: cuando los excesos de la tiranía, sea del género que quiera, convierten el estado social en perpetua lucha; cuando nadie cuenta para mañana con su hacienda ni con su cabeza, ¿qué mucho que á todo lo demás se muestre indiferente?

Poco tardó en esparcirse en París, y en salvar sus muros para transmitirse al resto de la Francia, la nueva del asesinato del Duque de Orleans, llenando de tal pavor á la adúltera Isabel que, sin perder un instante, hizo trasladar al palacio de *San Pol*, para ponerse allí bajo la protección de aquel mismo cuya locura en gran parte procedía de los excesos de la Reina misma.

Mas donde el trágico suceso produjo aun mucho mas efecto que aquel que de los antecedentes pudiera inferirse, fué en el castillo de Blois, lugar entonces de la residencia habitual de Valentina y de su familia. Qué había sido para ella el asesinado Príncipe, ya lo sabemos: un esposo siempre infiel, nunca siquiera considerado, y sin embargo la hermosa viuda dió

muestras de inmenso dolor mesando sus cabellos y rasgando sus vestiduras con desesperación tal, que mas por ella que por la pérdida que de hacer acababan y cuyas consecuencias no podían calcular aun, deshacíanse tambien en lágrimas y sollozos sus tiernos inconsolables hijos. ¡Pobres niños! A ninguno de ellos les permitían sus años ser de utilidad alguna á su desconsolada madre; á ninguno, ni aun al bastardo Dunois, por Valentina generosamente acogido, y que ya, si no con fuerzas todavía, sentíase con alientos bastantes para responder como lo hizo, cuando la Princesa exclamaba: «¿Quién, Dios mio, quién me hará justicia? — ¡Yo, señora!» con resuelto acento.

Poco tardó sin embargo aquella valerosa muger en recobrarle; y sintiendo que algo mas que lágrimas exigían de ella las circunstancias, resolvió ir á echarse á los piés del Rey para pedir justicia, á cuyo efecto trasladóse á París con todos sus hijos, en solemne melancólica comitiva, impresionando su duelo tan profundamente los corazones todos, que nadie al contemplar aquella enlutada madre en medio de los desolados huérfanos, acertaba á recordar las culpas de la víctima cuya venganza á reclamar iba. «Salieron, nos dice la crónica, los Príncipes todos á recibirla fuera de los muros de la ciudad; «nunca hasta entonces se viera tan gran luto, porque la Princesa y todas sus damas iban vestidas y tocadas de negro, y su carroza, por seis blancos corceles tirada, iba tambien toda con negros paños cubierta.» Reinaba en torno el mas profundo silencio, y el pueblo, sin renunciar al odio ardiente que siempre á la memoria del Duque de Orleans profesaba, dejábase no obstante ir á compasivo llanto, movido á piedad por las virtudes y desdichas de Valentina, y por la orfandad de sus hijos, que era lo que en la fúnebre ceremonia descollaba.

» Apeóse la Duquesa en el palacio de San Pol, donde Carlos VI, á la sazón en uno de sus cortos lúcidos intervalos, la recibió con evidentes señales del vivo afecto que siempre la profesara, sin consentir que á sus piés permaneciera, y escuchando con lágrimas en los ojos, el discurso que tambien por el llanto y los sollozos interrumpido, le dirigió en seguida «su muy querida hermana.»

Aunque débil y desautorizado el infeliz Monarca, que conservó siempre entero en su corazón el sentimiento de la justicia, ofreció sincero vengar

la muerte de un hermano á quien tan tierna, aunque tan infelizmente habia siempre amado : sus propósitos, empero, fueron y no podian menos de ser estériles, faltándole como le faltaba la fuerza necesaria para hacerse respetar y temer de los grandes criminales que á un tiempo deshonraban y destrozaban la monarquía.

Un momento y solo por el miedo de París alejado, el Duque de Borgoña reapareció pronto en aquella ciudad al frente de mil hombres de armas, con los cuales se estableció cínicamente en su palacio de Artois, convirtiéndolo en una formidable ciudadela, por sus no menos formidables satélites defendida. Acogióle el pueblo con entusiastas aclamaciones ; y la infeliz Valentina, viéndose sin fuerza para disputarle su impunidad al asesino protegido á un tiempo por sus propias armas, y por el prestigio de la popularidad, hubo de huir de la capital, donde entre otras razones no podía considerarse segura, por la de haberse renovado contra ella, muy interesadamente por el bando borgoñon, la antigua absurda acusacion de sortilegios, con motivo de estar el Rey de nuevo en su habitual estado de demencia.

En tanto el asesino, sembrando el terror en torno de sí, llevó la audacia hasta el punto de hacer que en consejo pleno, presidido por el joven Delfin, en presencia de los Príncipes y de la Magistratura, un mal fraile franciscano, pronunciase no como quiera una defensa, sino la apología, el elogio de su horrendo crimen. En mudo estupor escucharon el cínico discurso los magistrados del Parlamento, gimiendo los Príncipes, con rubor sin duda el Delfin : pero ni magistrados, ni Príncipes, ni Delfin, osaron replicar una sílaba, y la asamblea se disolvió llevando cada cual al salir de ella un dardo envenenado en el corazón y un sello de infamia en la frente.

La Reina aterrada retiróse con los Príncipes á Melun ; y el de Borgoña dueño entonces único de París y de la persona del Rey demente, fácilmente obtuvo de este, de grado ó por fuerza, una Real Cédula de perdon y olvido, ó mas bien de abolicion de todos los procedimientos y querellas contra el Duque hasta entonces intentadas.

Dijérase, y las apariencias lo justificaban, que desde aquel momento la Francia toda estaba á merced del Duque de Borgoña : mas lejos de ser así, la reaccion tardó muy poco en hacerse sentir en el Reino, con tal

fuerza contra el bando asesino pronunciada, que *Juan sin miedo* hubo de tenérselo bastante á la ira universal contra su persona conjurada para retirarse á sus estados de Flandes, y allí convertir sus fuerzas á la guerra que se hacian dos competidores al obispado de Lieja. En consecuencia la Reina pudo regresar triunfante á París, y apenas allí de nuevo establecida llamar á su lado á Valentina de Milan, que acudió en efecto á la corte, mas siempre enlutada, y solo para pedir justicia del asesinato de su esposo. Otra vez el pueblo fué á piedad movido por las lágrimas de la viuda, sin embargo de su odio al muerto que nunca acertó á calmarse. Otra vez Valentina, en Consejo pleno, pidió justa venganza, haciendo refutar victoriosamente los infames argumentos del fraile (*Juan Petit*) al de Borgoña pedido.

Reina, Delfin, Príncipes y Magistratura, todos estuvieron de acuerdo en favor de Valentina, y para condenar el crimen : el Duque de Orleans fué por solemne edicto proclamado inocente ; declaróse asesino, aboliendo la Real Cédula de perdon y olvido, al Duque de Borgoña ; convocáronse tropas para marchar contra él, considerándole como un bandido enemigo de la paz pública, traidor y alevoso homicida... La guerra iba á emprenderse decian todos, cuando súbito espárcese la nueva de que Juan-sin-miedo, triunfante en Lieja marcha sobre París al frente de su vencedor ejército, y cambiando la escena de aspecto como por magia, suspende el tribunal los efectos de su sentencia, y la ciudad manifiesta un gozo, fácil de confundir con el primer sintoma de una inminente sedicion. Aterrada la corte acude, como siempre, al quizá seguro pero seguramente cobarde arbitrio de la fuga, llevándose consigo furtivamente á las orillas del Loira, al malaventurado demente Rey, sin duda para que el Duque no pudiera servirse de nuevo de su nombre.

¿Qué podia hacer Valentina? — Huir como los demás, y encerrarse con su dolor dentro de los muros de su único asilo, el castillo de Blois, donde, mientras se negociaba con el gran culpable, dueño otra vez de París, y que á huir obligaba á la justicia misma, la infeliz Princesa llegó al término de sus desgracias solamente al terminar tambien su vida.

Nada nos dice la historia de sus postreros dias, que lo fueron como muchos, como los mas de los anteriores : de dolor desesperado. Triste debió

ser para ella, muy triste, vivir en un país donde las leyes eran impotentes á vengar el asesinato de su esposo; no menos triste acaso verse obligada á defender celosamente la memoria de aquel que ni fué un modelo de virtudes, ni á ella le causó nunca mas que amargos sinsabores durante su vida.

Siguiendo los costumbres de su época, Valentina tenia un blason personal además del de familia, un símbolo gráfico, por decirlo así, de su pensamiento y tendencias, y ese era una *Regadera deshilando lágrimas*, en cuyo orificio se via la letra emblemática *S*, inicial y resumen de las palabras latinas: « *Solam sepe seipsam sollicitari suspirareque* (Sola frecuentemente, á sí propia se mueve á dolor y llanto), con esta tiernamente desesperada divisa: » *Nil mihi præterea; præterea nil mihi!* (Nada hay para mí en adelante: En adelante para mí todo es nada). En ese blason está todo el carácter de la muger: no nos asombremos pues que en aquella época de crímenes, haya la historia respetado el nombre de Valentina; porque respeto merece, respeto y homenaje para la posteridad, la esposa que tan profundo dolor expresa y siente por la pérdida de un marido infiel.

Momentos antes de espirar llamó Valentina al pié de su lecho mortuario á sus propios hijos, y al bastardo Juan, nacido de la Dama de Cauny, y que bajo el nombre de Dunois debia ser luego el salvador de la Francia. A todos ellos, mas al bastardo principalmente, lególes la venganza de la muerte de su padre, sentimiento que no la abandonó un solo instante hasta perder la vida.

Su primogénito, el Duque de Orleans, heredó de su madre la desdicha, apenas compensada con breves ráfagas de pasagera gloria.

AUGUSTO DE GENRUPT.

## SAFO.



RONTERA á Scyros, cuna de Aquiles y tumba de Teseo; entre Chio que se alaba de ser patria de Homero, y Lemnos que es asiento de las fraguas de Vulcano; separada, en fin de la Eólida por un reducido estrecho, á levante y mediodía; yace al norte del país de Troya, la isla de Lesbos (hoy llamada Metelina) célebre desde la mas remota antigüedad, tanto por la exquisita calidad de sus vinos, como por la belleza de sus moradores, hábiles además, segun la fama, en el arte música.

Decíase que por la noche y sin que se supiera su procedencia, hacíanse oír en alas de la brisa, por toda la tierra de Lesbos, las mágicas indistintas armonías aun llamadas Eólicas, del país de donde el viento partía, y que la antigüedad explicaba á su manera, como todos los fenómenos de la naturaleza; con la ingeniosa fábula que á referir vamos. Para explicar pues las eólicas armonías, como la melodiosa estatua de Memnon habian explicado, decían los Griegos que, cuando las Bacantes de Tracia hicieron pedazos á Orfeo, arrojaron su lira y su cabeza al rio Hebro, cuya corriente las llevó á las ondas del mar Egeo, que á su vez arrastrólas hasta las costas